

ENTRE LA LISURA Y EL DESASOSIEGO

Dos o tres cosas que me atrevo a señalar tras las recientes exposiciones en Francia de Cristina Ruiz Guiñazú y de consecuentes visitas a su taller.

Lo primero que destaco es que buena parte de su obra guarda estrecha relación con la escritura del sueño.

En otra, por ejemplo en los retratos, se empeña en caligrafiar lo intangible e inmanente; el alma, lo mejor o lo menos inocente de la gente. Y lo logra, fuera de los cánones que cada generación pictórica impone para traducir la emoción y expresión de los retratos.

No sé por tanto –y es lo bueno–, si los suyos descifran, revelan o empañan los enigmas. O todo eso junto, mezclado en proporciones alquímicas, de las que en materia de catarsis es maestra. El resultado es que en sus manos, al final del trecho que sus retratados caminan en su compañía, ya no son, sino que se convierten en como ella querría que fueran.

De frente, de perfil, volando, su gente mira siempre hacia adentro, al centro mismo donde nace la primera historia

Otra característica que me fascina en Cristina es que sus personajes, sus paisajes, sus escenografías, están teñidos de nostalgia pero en ellos no hay pizca de arrepentimiento ni de resentimiento.

Asimismo, sus obras, más allá de la época en que fueron concebidas, están impregnadas de una sutil atmosfera. Palabra que por inevitable asociación me conduce a la más célebre réplica del cine francés, la de la película *Hotel du Nord* que fue pronunciada allá por 1938 en la impagable voz de Arletty: -atmosphère atmosphère est ce que j'ai une gueule d'atmosphère?

De alguna manera es retomada con ironía por Cristina: -atmosfera atmosfera, ¿es que tengo facha de atmosfera?

De eso y tanto más.

Aventurarse en su recorrido es entrar de lleno en el heimlich unheimlich de Freud, la inquietante extrañeza de lo familiar. Aspiraciones semisecretas, ocultas, reveladas por la luz siempre viva, certera y la memoria, a veces tan tramposa. Y ahí Cristina excele: es única para diferenciar lisura de desasosiego

Humor y guiños a lo más granado de la pintura, del Renacimiento a sus amigos, constituyen parte de sus nóminas e inventarios personales.

Sin descuidar a los ángeles. Los que posan, los que vuelan. Para despojarnos hasta de la duda suelen dejarnos al alcance de la mano nuestras auras.

La aventura de Songes et mensonges, -aproximadamente sueños y mentiras-, una de sus más recientes exposiciones individuales en París, relata con minucia, una historia de memoria y de mirada. Pero también de equívocos.

Cristina Ruiz Guiñazú traspone en paisajes esmerilados mitologías que trotan detrás incluso de la infancia.

Las claves de estas obras se descifran en varios registros.

Objetos naturales que por alguna secreta razón cambiaron de rumbo para devenir extraños y perturbadores.

Paisajes deslumbrantes pero sin certezas y conservando sin embargo minúsculos restos de inocencia.

A distancia, invisible, una orquesta de cámara mueve a estos jóvenes personajes elegidos con finura que no excluye determinación. A ellos confía Cristina la improbable tarea de desafiar las leyes elementales de la gravedad y alinearse del lado de Ícaro, en el reino de la utopía. Detenidos en el instante de la más extrema fragilidad: cuando la dicha es aún posible.

La idea que más conviene para hablar de estas telas es fascinación por esta nueva mitología de lo cotidiano.

La luz en ellas no tiene nada de efímero, pues nos reenvía a nuestros propios arquetipos. Los redimensiona. El peligro de la travesía es que perdamos nuestra sombra.

Esta muestra no es una retrospectiva, sino una gran exposición que nos permite valorar los leit motifs de una obra, una vida y un estilo.

Cristina no responde al preconcepto del artista tormentoso y atormentado, solo ensimismado en su cosmos interior.

Se permite estar mano a mano con las nuevas tecnologías, y por tanto apoyarse en los cimbronazos de la actualidad sin olvidar por ello la presencia ineludible del de dónde venimos. Enfoque que requiere generosidad y se traduce en sus paisajes. Así, ofrece a la pampa una mitología hecha de laberintos que no son amenazadores, flanqueados por montañas ricas en minerales nobles tanto como el río tan verde que nace de sus faldas listo para fecundar a quienes en él abrevemos. El espectador por tanto es incluido en un espacio donde caben las evocaciones de sus edenes y particulares olimpos y tragedias.

“Todo es autobiográfico, todo es un retrato, incluso si se trata de una silla”, dice Lucien Freud.

Tal vez por eso, para no inducirnos a error, Cristina Ruiz Guiñazú nos deja a sus protagonistas, a nosotros mismos, sin asiento y sin aliento, al arbitrio de nuestros propios vientos y quimeras.